



INFORME: El año Quijote

Una variación sobre la aventura de don Quijote en la cueva de Montesinos

Eloy M. Cebrián

Iba don Quijote dando voces que le diesen sogas, y más sogas, y ellos se la daban poco a poco, y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogas, y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda.

(Don Quijote, 2ª Parte, Capítulo XXII)

¡Adme sogas! ¡Más sogas!».

Creo que ya basta. He descendido hasta una especie de cámara, que la poca luz que se penetra desde el exterior me revela espaciosa y lo bastante alta como para permanecer erguido. Es un lugar maloliente. El suelo está sembrado de excrementos de pájaros y allá, en el rincón más distante, me parece distinguir el cadáver de un perro que debió de caerse y morir de hambre aquí abajo. («¡Largad sogas! ¡Más sogas, más!»). La cuerda, que esos infelices de arriba siguen soltando conforme a mis órdenes, empieza a formar un montón a mis pies. Esta cámara se encuentra apenas a quince brazas de profundidad, pero tan pequeño trecho bastó para el desdichado animal, incapaz de trepar por las paredes verticales del pozo. Es fina la línea que separa la luz de las tinieblas, la vida de la muerte. Es fina la línea que separa la razón de la locura.

La cueva en la que me hallo, que llaman de Montesinos, no hace honor a su fama. Se trata de un lugar sórdido y angosto, una lóbrega réplica de cuanto pueda encontrarse arriba, bajo la luz del sol. Nada hallaré aquí digno de que el moro Benengeli lo consigne en su libro. Con todo, encuentro grata esta penumbra. Tomaré asiento y reposaré durante un rato. Hasta los caballeros andantes necesitamos descansar tanto en cuanto.

Resulta agotador este trasiego constante, este afán mío por arrastrarme de una aventura a otra. Hasta hace pocos meses yo vivía la existencia sosegada de un hidalgo de pueblo: la caza, el cuidado de mi hacienda... Tan sólo la pasión por los libros añadía cierta variedad a mi vida. Y fueron precisamente los libros quienes todo lo mudaron. Tan deslumbrado me dejaban las aventuras y prodigios que narraban los volúmenes de mi biblioteca que resolví convertir mi vida en una novela. También yo sería un libro. Pero ¿qué hay en este mezquino mundo que merezca ser contado? ¿Quién querría leer sobre la triste vida de un hidalgo de pueblo? Tan sólo las vidas sublimes son dignas de ser escritas. Y en este mísero año de 1605 únicamente un loco puede permitirse el lujo de ser sublime.

Fingirse loco puede ser una estrategia conveniente.

Hace tiempo oí mencionar la historia de un príncipe que se fingió loco para desenmascarar a los asesinos de su padre. También mi locura es fingida, aunque de una naturaleza muy distinta. Yo me finjo loco para provocar risa, sorpresa, admiración. Y al parecer he alcanzado mi propósito. Desde que fui armado caballero en aquella venta, que yo llamé castillo, he embestido contra molinos y rebaños, he acuchillado pellejos de vino, he sido apaleado, burlado, enjaulado. Pero todas esas humillaciones y penurias han rendido sus frutos. Antes de emprender ésta, mi tercera salida, mi vecino Sansón Carrasco me reveló que mis aventuras ya están recogidas en un libro cuyo autor es un tal Cide Amete Benengeli, historiador arábigo, y que hace poco ese libro fue puesto en lengua romance. Es fácil imaginar que lo que se narra en las muchas páginas esta novela no son los cincuenta años de vida del insignificante Alonso Quijano, hidalgo manchego, sino los pocos meses de existencia del famoso don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura. Muy pocos son los que reciben el don de reinventarse por completo. Don Quijote es la gran creación de mi vida, mi llave para la inmortalidad. El caballero vivirá cuando los hombres comunes hayamos muerto y caído en el olvido.

Pero veo que empiezan a recoger la cuerda. Esos dos de allá arriba se impacientan. La pausa ha terminado y el caballero loco ha de regresar al mundo en busca de nuevas aventuras. Habrá quien replique que lo prodigioso ya no existe, que pasó el tiempo de magias y de héroes. Tal vez sea cierto, pero eso no hace sino poner de manifiesto la magnitud de mi tarea. A los héroes de antaño les bastaba con salir al camino para toparse con hechiceros y dragones. Don Quijote ha de inventarlos primero para derrotarlos después. Y así se multiplican los prodigios donde antes reinaba lo vulgar. ¿Quién puede poner en duda la importancia de semejante empresa?

¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandante! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana!

Es tiempo de añadirle un nuevo capítulo a este libro. ■